

escollos, son aficionados á la navegacion y, cuando puede ser, tambien á la piratería. La configuracion favorable de las costas hizo que los árabes se convirtieran en muy corto espacio de tiempo en arrojados marinos, así en su territorio como en la Fenicia; y la imposibilidad de dominar la cuenca occidental del Mediterráneo desde Constantinopla, en una época en que podian presentarse á cada momento los almirantes sirios delante de la capital bizantina, entregaba casi inermes las costas de aquellas islas, y hasta de la misma Italia, de tan difícil defensa, á los corsarios africanos y españoles, que con extraordinaria celeridad parecian surgir á centenares del fondo del mar. Ya en el año 84 (703) y por orden de Muza Ibn Noseir, el conquistador de Africa, Atá Ibn Rafi habia hecho un desembarco en la Sicilia (1) y regresado con abundante botin; desde entonces, casi todos los años se dirigieron expediciones marítimas ora á aquellas islas, ora á la de Cerdeña (desde 91 = 710), expediciones que constituían una plaga tan horrorosa para las costas visitadas como posteriormente las de los normandos para la Europa occidental. De cuando en cuando la tempestad ó el fuego griego destruzaban una escuadra, pero era prontamente sustituida por otra; y ya en 122 (740) Siracusa tuvo que comprar una tregua mediante tributo á aquellos piratas. Los bizantinos procuraron proteger en cierto modo á las islas por medio de fortificaciones, y cuando reinaba Ibrahim Ibn El-Aglab consintió éste en una tregua de 10 años (189=805), la cual podia conceder con tanto mas motivo cuanto que sus rebeldes tropas le tenian harto ocupado en el continente. Pero de poco valió esta tregua á los desdichados insulares, pues que los edrisitas y los omniadas españoles continuaron enviando á sus piratas contra la Cerdeña, la Sicilia, y, desde 190 (806), tambien contra la Córcega; y por último, el mismo pacto hecho con el aglabita fué roto antes de su término. Cada día era mayor el atrevimiento de los corsarios, que en 197 (812) no solo saquearon la Córcega sino que tambien á Niza, Civitavecchia y las pequeñas islas hasta Ischia. Se ajustaron frecuentes tratados que parecian poner fin á la eterna guerra y asegurar las pacíficas relaciones comerciales; pero desgraciadamente jamás lograron larga duracion, sin que sea posible averiguar por quién y cómo fueron infringidos. Así continuó este estado de cosas hasta el año 212 (827), en que el rebelde siciliano Eufemio (2) se presentó en la corte de Siyadet Allah I, huuyendo del gobernador bizantino, Foteino, de Siracusa, y propuso al aglabita emprender de comun acuerdo una expedicion contra la Sicilia, que no habia de limitarse á un simple merodeo sino tener por objeto la conquista definitiva de la isla para Eufemio como monarca, sometido á la alta soberanía musulmática. Por particular empeño del cadí Asad, siempre codicioso de hacer la guerra santa á los infieles, fué aceptada la proposicion de Eufemio, embarcándose aquel mismo año un ejército de unos 11,000 hombres. A los tres dias saltó este ejército en tierra en Masara, derrotó á Foteino, que habia acudido inmediatamente para rechazarlo, y penetró en rápida marcha victoriosa hasta delante de Siracusa. Pero los fuertes muros de la ciudad resistieron los ataques de los musulimes, que carecian de máquinas de guerra para el asedio; y como, á pesar de todas las dificultades, el tenaz Asad no quiso emprender la retirada, se declaró una epidemia en su campamento, de la que fué víctima el mismo anciano general en jefe (213=828). Cesaron entonces los triunfos de los

(1) Segun el único dato que poseemos acerca del particular, no parece del todo seguro que fuera Sicilia; si se hace referencia á otra isla, en este caso la primera expedicion de los musulimes á Sicilia fué la efectuada en el año 85 (704), cuando sorprendieron una ciudad de la costa occidental, acaso Lilibeo.

(2) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

árabes; Eufemio, que de poco les habia servido, pereció aquel mismo año á manos de dos patriotas sicilianos y los musulimes fueron rechazados por refuerzos enviados de Constantinopla hasta quedar reducidos á la ocupacion de Masara y Mineo. Ya estaban casi decididos á regresar al Africa cuando de improviso se les presentó inesperado auxilio: desembarcaron, como tantas otras veces, corsarios españoles en la isla y accedieron de buen grado á libertar á sus correligionarios sitiados en Mineo (214=829). En el año siguiente pudo ya Siyadet Allah enviar allí otro ejército, habiéndole impedido hacerlo mas pronto un levantamiento ocurrido en Túnez; y entonces logróse tomar tras un año de sitio á Palermo, defendida tenazmente por sus habitantes (216=831). Desde aquel momento no cesó ya la retirada de los bizantinos: los musulimes, ayudados por los cristianos de Nápoles, á quienes á su vez habian prestado auxilio contra los longobardos de Benevento, pusieron cerco á Mesina, mandados por Abu'l-Aglab Ibrahim, hermano de Siyadet Allah, en 228 (842), y conquistaron en el mismo año, ó poco despues, esta ciudad, que hizo valiente resistencia. Sometióse luego la parte meridional de la isla, y Abbas Ibn Fadl, que á la muerte de Abu'l-Aglab en 236 (851) fué reconocido como jefe por las mismas tropas y confirmado en el cargo por el emir Mohammed I, se apoderó en el centro de Castrogiovanni, que habia sido ya atacada varias veces sin éxito (244=859).

Despues de la muerte de Abbas (247=861) surgieron desórdenes y enemistades entre los musulimes. Como en todas partes, los bereberes y los árabes solo lograron vivir en paz mientras duró el peligro comun; naturalmente, las comunicaciones con el Africa no eran muy regulares, y «el padre de las grullas» (852) no era tampoco el hombre mas á propósito para sostener con firmeza su autoridad y la de sus generales. Mas con Ibrahim II ya volvió á mejorar la situacion; dando pruebas de la impetuosidad con que obraba en todo, envió órdenes terminantes para que se diera principio sin tardanza al difícil asedio de Siracusa (263=877), y á 21 de mayo de 878 (264) fué tomada por asalto la antigua capital y convertida en un monton de ruinas en medio del mas horroroso derramamiento de sangre. La incipiente decadencia de la dinastía aglabita en los últimos años del reinado de Ibrahim II proporcionó por el momento ventajas á los cristianos: la derrota de la escuadra sicilio-africana en la costa griega del Norte (266=880), á la que siguió un desembarco de los bizantinos cerca de Palermo, no fué de tan graves consecuencias para las armas musulmáticas como las disensiones que comenzaron otra vez á producirse entre árabes y bereberes y que eran reflejo del alzamiento general en Africa contra Ibrahim II. A este estado de cosas debieron los pocos cristianos que aun resistian en Taormina y en las fragosidades del Etna una paz ajustada en condiciones favorables que les aseguraba su libertad, de la que, sin embargo, poco tiempo debian gozar. En efecto, cuando Ibrahim II hubo abdicado, en 289 (902), solicitó ir á morir peleando contra los infieles y obtuvo de su hijo el mando del ejército de la Sicilia; entonces declaró la guerra á los cristianos, y despues de la toma de Taormina purgó las crueldades que habia cometido con sus correligionarios en Africa mandando degollar á los infieles, no solo á los hombres aptos para las armas sino tambien, infringiendo la ley islamita, á las mujeres y los niños sin excepcion alguna. Murió Ibrahim aquel mismo año, de enfermedad, en Cosenza, despues de haber llevado la guerra, pasando el estrecho, á la Calabria. El ejército abandonó en seguida el continente, pero la Sicilia quedó desde entonces y por siglo y medio en poder de los musulimes.

Mucho antes de los hechos que acabamos de referir ha-

bian ya penetrado los mahometanos en Italia. La guerra que hicieron como aliados de Nápoles á los longobardos de Benevento no fué mas que la primera de una serie de intervenciones en las contiendas de la Italia inferior entre longobardos, italianos y francos, á que se atrevieron desde 223 (838) arrojados partidarios árabes de la Sicilia y desde 228 (842-843) tambien corsarios de la isla de Creta. En el año 225 (839-840) se establecieron en Tarento compañías de aventureros sicilianos y en 842 (227-228) una banda de merodeadores bereberes en Bari, desde cuyos puntos emprendian correrías devastando toda la Italia inferior así como las otras comarcas ribereñas del Adriático, causando gran daño á bizantinos (1) y venecianos y complicando mas aun la guerra

civil entre los longobardos. Al propio tiempo era tambien atacada la costa occidental de Italia; independientemente de varias expediciones piráticas, los musulimes se atrevieron en 846 (fines de 231 hasta principios de 232) á atacar á Roma y Gaeta, y no arredrados por el mal éxito de esta primera tentativa, hicieron otra que les valió por cierto, en 849 (234-235), una sensible derrota cerca de Ostia. La *plaga sarracena* tomó tal incremento que en 851 (236-237) el emperador Luis II, biznieto de Carlo-Magno, se trasladó á Italia para poner término á las rivalidades entre los Estados cristianos de aquel país y organizar la guerra contra los musulimes. Los longobardos se avinieron á sacrificar á sus auxiliares sarracenos, que fueron pasados al filo de la espada; pero esta ma-



Mezquita de Ibn Tulun en el Cairo

tanza fué causa de una campaña de represalias que hizo el general muslim-siciliano Abbas en aquellas desdichadas comarcas y que terminó con la reconquista de Tarento y la mayor pujanza de la colonia de Bari. Mufarridsch Ibn Salim, así se llamaba el nuevo señor de esta ciudad, fué entonces el terror de la Apulia, Calabria y todas las provincias hasta mas allá de Nápoles y Benevento; se curaba muy poco de los aglabitas, asumía el título de «el sultan» (2) y hacia sus guerras por su propia cuenta, las cuales solo tuvieron fin en 257 (871) con la reconquista de Bari por los aliados bizantinos é italianos. En este mismo año desembarcó una expedicion africana delante de Salerno y puso sitio á la ciudad por bastante tiempo; pero en 258 (872) fueron derrotados los sarracenos por las tropas de Luis, y las incursiones

(1) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos*.

(2) *Es-sultan* significa en árabe «la soberanía», pero ya en aquella época se empleaba como tratamiento personal, á la manera de Alteza ó Majestad.

que repetidas veces hicieron en Italia, aun despues de la muerte del emperador (875=261), no alteraron en gran manera la verdadera situacion territorial. Lograron, sin embargo, sostenerse en varios puntos, y particularmente á orillas del Garellano, territorio que fué desde 882 (268) hasta 916 (304) una de sus mas temibles guaridas.

No estaba reservada tanta duracion á la dinastía de los tulunidas como la que tuvo el gobierno de los aglabitas. No logró prolongarse mas allá de unos 37 años, y de mérito verdadero solo produjo á su fundador; pero la extension del poderío que éste tuvo en sus manos fué tan grande que le hizo temible hasta para el mismo califato, y de no haber tenido muerte tan temprana, seguramente habria dejado en herencia á su familia, como reino independiente, la mitad occidental de los dominios del califa. Sus sucesores fueron, sin excepcion alguna, jóvenes menores de edad ó débiles, de entre cuyas flojas manos se desvanecian, cual puñado de arena, los medios acumulados por él; de tal suerte que un califa enérgico pudo aprovechar la primera ocasion propicia

para incorporar al Estado las provincias poco tiempo antes segregadas.

Esta dinastía de vida tan fugaz debió su exaltación al trastorno general que desde el reinado de Musta'in comenzó a propagarse de la capital á las provincias. Este desdichado califa, mero instrumento de los turcos, no encontró entre éstos sino á un solo hombre que le pareciese digno de su confianza personal: Ahmed, hijo de Tulun, oriundo de la Transoxania y enviado con otros compatriotas como regalo á Ma'amun, en el año 200 (815-816), por el lugarteniente de aquella provincia. Tulun logró hacer carrera en la corte; Ahmed, á quien había podido dar una educación científica poco usual en aquellos tiempos, se distinguió de varios modos después de la muerte de su padre, acaecida en 240 (854-855), y cuando Musta'in hubo abdicado en 252 (866) y le fué permitido llevar consigo á su destierro de Wasit á persona que le fuera de grata compañía, recayó su elección en el tulunida. Este procuró servir con lealtad al destronado príncipe, y no tuvo participación alguna en su asesinato, consumado en 253 (867). La madre de Ahmed se había casado entretanto con el influyente general Baik-Beg, y éste, cuando obtuvo en el año 254 (868) la lugartenencia del Egipto, envió para ejercer el mando, según costumbre de la época, á un representante suyo en la persona de su hijastro. Ahmed Ibn Tulun llegó á Fostat el día 23 de Ramadan de 254 (15 de setiembre de 868). Encontró un estado de cosas preñado de dificultades: en Alejandría y en otros puntos mandaban emires particulares que no se entendían directamente con el lugarteniente; el jefe principal de la administración de los impuestos no le disimuló su malevolencia, y muy poco después de su llegada estalló en el Egipto superior un alzamiento alida. Ahmed se mostró á la altura de la situación: reprimió la rebelión, y otra que se produjo en seguida de ésta (255=869); supo minar hábilmente la influencia de su colega civil; establecióse en fuerte posición en Fostat, construyendo un barrio propio para sus guardias y otros subalternos adictos á su persona, y cuando en 258 (872) Muwaffak se hizo nombrar por su hermano Mótamid lugarteniente general del Occidente, tuvo el talento de comprar la buena voluntad del visir del califa para lograr que le fuera confirmado su mando en Egipto. Al propio tiempo, procuró mantener en disposición favorable al regente y hermano del califa en Bagdad, haciendo de cuando en cuando remesas de tributos; pero cuando el califato empezó á tocar los resultados del anterior desbarajuste pretoriano, viéndose envuelto en las guerras con los sindsch y el rebelde persa Soffar, como diremos más adelante, no le pareció ya necesario cuidarse de los señores de Bagdad, y prefirió guardarse su dinero. No era hombre Muwaffak para tolerar que le trataran de este modo, mas no estaban restañadas aun las heridas abiertas por el régimen de los turcos y por las guerras civiles en el Irak, y cuando ya estuvo reunido y acampado en la Mesopotamia el ejército que debía marchar al Egipto, faltó dinero para pagar el sueldo á las tropas y no hubo más remedio que aplazar por el momento la expedición. En cambio, el tulunida nadaba en la abundancia; disponía libremente de los enormes productos de aquel rico país, siendo de cuatro millones de dinares sobre los bizantinos. Es probable, sin embargo, que á la larga el animoso príncipe habría acabado por desquitarse de estos descalabros, pero enfermó delante de Tarso; á ejemplo del califa, no quería atender á las prescripciones de sus médicos, y á consecuencia de la mala dieta se agravó el mal, que le llevó al sepulcro en el año 270 (884), encontrándose en Fostat, á donde había regresado, y teniendo poco más de 50 años de edad. Dejó diez y siete hijos, suficientes para asegurar una dinastía de algu-

nos siglos; mas Humaraweih, su sucesor, no había heredado mucho de las cualidades de su padre. No le faltó talento para poner prestamente en circulación los diez millones de dinares que encontró en las arcas del Tesoro; jóven de veinte años apenas, de carácter afable y muy amigo de los placeres, era poco aficionado á las empresas belicosas y acostumbraba á seguir la política del avestruz (taparse la cara para no ver el peligro) cuando se le oponían dificultades en su camino. Mientras vivió, las cosas siguieron en apariencia del mismo modo que antes; pero á su muerte, que fué repentina, se echó de ver que hombres más astutos habían tendido entretanto en torno de la familia de Tulun una red en la que fácilmente quedaría cogida entonces. Muwaffak conocía con bastante exactitud la medida de las fuerzas respectivas para atreverse solo con el poderoso vasallo; así mientras reunía tropas para enviarlas contra Damasco, daba autorización á Ischak Ibn Kundaschik, señor de Mosul, y á Mohammed Ibn Abi's-Sadsch, lugarteniente en Ambar y en la comarca del Eufrates central, para que entraran también en la Siria, donde podían ensanchar los límites de sus respectivas jurisdicciones. A la primera embestida quedó ya segregada la Siria del Egipto; mas los vencedores se disputaron sobre la repartición de la presa, y en 271 (885) Mótamid, hijo de Muwaffak, que mandaba las tropas de Bagdad, se vió abandonado por Sadsch é Ischak y obligado á retirarse de Ramla, en la Palestina, ante las fuerzas de Humaraweih. Los tulunidas volvieron á apoderarse de la Siria y reprimieron allí una rebelión en 273 (886). Entretanto Muwaffak se convenció de que el mejor plan era dejar á la Siria y la Mesopotamia que se destrozasen mutuamente; Humaraweih se manifestó muy satisfecho de lograr que se le reconociera oficialmente como lugarteniente de la Siria y del Egipto, mediante la promesa de incluir de nuevo el nombre del califa en la oración del viernes, y proporcionó por su parte á Muwaffak la satisfacción de pelear con Mohammed é Ischak desde 273 (886) hasta 276 (889). Estos dos no se cuidaban sino de tomar el uno al otro todo lo que podían de sus respectivos dominios, y según las circunstancias, ora el uno, ora el otro estaba á favor de Humaraweih, de suerte que la confusión no podía ser más completa en toda la Mesopotamia.

El tulunida, en cambio, no daba importancia sino á las formas, y así, sacrificando una respetable suma de dinero, logró en 277 (890) que Jasman, que dueñó todavía de Tarso no hacía caso alguno ni de Bagdad ni del Egipto, se obligara á mencionar su nombre en la oración del viernes. Así se figuraba ser soberano de las «defensas» del mismo modo que creía tener seguro al califa Mótamid, que reinaba desde 279 (892), porque se había dignado confirmarle en su lugartenencia, á cambio de una cuantiosa suma de metálico, y hasta otorgarle, en 282 (895), el honor de casarse con una de sus hijas. El dichoso yerno gastó 1 ½ millones de dinares de oro en el casamiento y el dote, y se esmeró además en pagar puntualmente su tributo para no desmerecer de tan alta distinción. De esta manera Mótamid fué haciéndose con dinero, mientras que las arcas del Tesoro, que Ahmed Ibn Tulun había dejado tan repletas, se vaciaban con creciente rapidez. Aquel mismo año (282=895) fué asesinado Humaraweih en su harem, no se sabe bien si por eunucos ó por algunas mujeres, excitadas por un motivo cualquiera, y aquí tuvo fin el gobierno de los tulunidas. De los hijos de Humaraweih, Scheisch fué el proclamado emir en primer lugar por los jefes militares, que le sustituyeron luego (283=896) por Harun, cansados de las simplezas de aquel muchacho de 14 años; mas como no había dinero, los que tenían mando obraban cada uno por su lado como mejor les parecía. Ragib, coman-

dante de las «defensas» se declaró en 283 (896) á favor del califa; en 286 (899) se entregaron á Mótamid todas las plazas ocupadas todavía por el Egipto fuera de la Siria propiamente dicha; y cuando su sucesor Múktafi se vió libre ya, en 291 (904), del primer alzamiento de los karmatas (véase más adelante), pudo dar el golpe de gracia al jóven tulunida. Sin resistencia alguna se sometieron los emires sirios á su general Mohammed Ibn Suleiman, el cual antes de terminar aquel año estaba ya en Fostat, al propio tiempo que se presentaba una escuadra en Dimyat (Damieta). En medio de un tumulto promovido por la guardia personal de Harun pereció este desgraciado príncipe (comienzos de 292 = fines de 904); su tío Scheiban, digno hijo de Ahmed, intentó resistir todavía, pero tuvo que ceder al mayor número. Mohammed cometió con sus turcos los mayores horrores en Fostat, á la cual trató como plaza conquistada (292 = principios de 905); hubo saqueo general y fué destruido casi por completo el barrio de los tulunidas; los partidarios de la dinastía caída fueron maltratados y muchos ajusticiados, y todos los miembros de ella enviados á Bagdad. Habían acabado los buenos tiempos para el Egipto; desde entonces repitieronse los continuos cambios de lugarteniente, y el desorden, la estrechez y la miseria fueron en aumento, como en casi todas las comarcas de la mitad occidental del imperio de los califas.

De la decadencia general que en tiempo de Mótadir (desde 295 = 908) se apodera de aquellos países, solo unas pocas comarcas de mediana extensión logran levantarse por algún tiempo, merced al esfuerzo de un príncipe de verdadero mérito. La familia de los *hamdanidas*, á la cual pertenece este príncipe, empieza á encumbrarse casi en el mismo momento en que perece la casa de los tulunidas, y en su hijo más ilustre vuelven á brillar por última vez, antes de extinguirse para siempre, la bravura y las virtudes de los antiguos caudillos árabes. En su persona vienen á enlazarse, en manera extraordinaria, el fin y el principio de la historia árabe, cual punto de unión de la curva que forma un círculo: porque de aquella tribu de Táglib, cuyo héroe Kuleib se nos apareció en el umbral del Islam, descendía también Hamdan, que dió su nombre á la casa de Seif Ed-Daula. Era un caudillo de los Táglib, los cuales después de la guerra de los cuarenta años se habían apoderado de un territorio en la Mesopotamia y aun entonces, después de 250 (864), llevaban en cierto modo la antigua vida de beduinos, al Noroeste de Mosul, en la comarca de Diyar-Rabí'a. Entre las tribus árabes de Diyar-Rabí'a, Diyar-Bekr y Diyar-Modar (ésta al Sudoeste de aquellas, junto al Eufrates), que estaban distribuidas en la Mesopotamia septentrional, en los tiempos calamitosos que comenzaron con Musta'in no era menos fácil para un caudillo amigo de aventuras encontrar huestes de atrevidos camaradas dispuestos á salir á campaña en busca de botín, que al que tuviese dinero bastante enganchar turcos, deilemitas y toda otra clase de aventureros para expediciones de igual índole. En esto precisamente consistía la calamidad de la época: en que en ninguna parte poseía el gobierno central fuerza y autoridad suficientes para asegurar la marcha regular de la administración. El que tenía el influjo ó los medios materiales necesarios para apoderarse en un punto cualquiera de la autoridad superior, lo hacía, con la seguridad, raras veces desmentida, de que en caso de triunfar podía comprar la confirmación de lo usurpado de los siempre necesitados califas, visires ó lugartenientes superiores, mediante cierta cantidad de dinero, arrañada en tal ó cual forma á los súbditos. Siempre que con mediana puntualidad fuera satisfaciendo luego un módico tributo, no tenía que temer que sus señores soberanos le molestasen en sus placeres: nadie se cuidaba de saber cómo administraba el territorio sometido á